

No a la guerra

Los bombardeos contra Irán y Líbano marcan una inflexión en la forma de hacer y entender la política internacional, desde una posición de supremacía, en la que los agresores consideran que todo lo que hagan está justificado. De hecho, lo mismo que se dijo en su día sobre el ataque "traicionero" de Japón a Pearl Harbour en 1941 podría decirse ahora de Trump y Netanyahu por perpetrar ataques y asesinatos masivos contra la élite religiosa y militar de Irán, cuando ellos creían que continuaban las "negociaciones".

El problema no es solo que un personaje atrabiliario y cruel como Trump se considere el "amo del mundo" y actúe sin ningún límite moral ni respeto a las normas del Derecho Internacional, sino que lo hace como la cabeza de una oligarquía tecnológica mundial cuyo propósito es hacerse inmensamente ricos, eliminando cualquier obstáculo que limite, o condicione, su voluntad de dominio.

De ahí, precisamente, que mucho de lo que está ocurriendo se perpetre al margen de la voluntad de los pueblos de este Planeta, tanto de los agresores como de los agredidos, y de la propia legitimidad derivada de los modelos de democracia a los que hemos llegado. Y a los que ahora se pone en

crisis. Al tiempo que se nos encarece la vida y la movilidad cotidiana. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que a los grandes oligarcas que dirigen el mundo, y para los que Trump es su instrumento, la democracia ni les sirve, ni la quieren.

Aparte de la crisis moral, política y económica en la que nos sume la guerra, hay que ser conscientes de que estamos ante un proceso bélico interconectado con otros propósitos. Entre ellos, intentar apropiarse de los recursos disponibles en el Planeta. No solo el petróleo. Con derivadas geoestratégicas como el cierre del Estrecho de Ormuz, cuyas consecuencias pueden ser críticas para una de las potencias a las que la oligarquía tecnológica quiere erosionar en sus posibilidades de competencia, como es el caso de China.

A su vez, no deja de ser sorprendente, en términos históricos comparados, que la oligarquía de la que Trump es el espolón de proa se haya aliado en su propósito con un sector poderoso del Estado de Israel que está pensando en el restablecimiento histórico de la Gran Judea, que tiene como enemigo al chiísmo mundial (más de 200 millones de creyentes), cuya ven-

ganza ha sido anunciada y reconfirmada cuando escribimos este Editorial. Y no hay que ser muy

*Es imperativo situarse
en el "lado correcto
de la historia" y
defender las ideas
civilizatorias,
sumándose a un
contundente y firme
¡NO A LA
GUERRA!
Un sí a la paz, a
la humanidad y al
Derecho Internacional,
como ha hecho desde el
primer momento
Pedro Sánchez.*

avezado en prospectiva para entender que dicha venganza también intentará ser especialmente cruel y contundente.

¿Hacia dónde puede encaminarse la humanidad, si no somos capaces de frenar la espiral de odio y destrucción que se ha puesto en marcha? No lo sabemos, pero somos conscientes de que se encuentra fuera de control. Por eso, la opinión pública mundial está sumamente preocupada y es consciente de que tenemos que poner pie en pared y elevar de nuevo el grito de ¡NO A LA GUERRA!, desplegando toda la resistencia posible frente a actos de tanta crueldad como los asesinatos deliberados de líderes religiosos y de niñas cuyo único pecado es acudir a clase, y a los que se asesina con sofisticados misiles de precisión, que algunos califican como “inteligentes”.

La “comprensión” benevolente que algunos líderes europeos de derechas muestran ante el proceder de sus amos y señores —encabezados por Trump— y la falacia de aquellos que sostienen que los bombardeos solo pretenden defender las libertades y los derechos de los iraníes —¿a bombazos?— es un exponente de la falta de criterio, y de formación jurídica y moral, de personajes que tienen alma de súbditos y/o de vasallos. Y que no son capaces de ver, con un mínimo de honestidad, que estamos ante una situación en la que solo cabe situarse en el “lado correcto de la historia” y de las ideas civilizatorias, sumándose a un contundente y firme ¡NO

A LA GUERRA! Un sí a la paz, a la humanidad y al Derecho Internacional, como ha hecho desde el primer momento Pedro Sánchez. Primero en solitario y, después, seguido por cada vez más líderes, países y personas de recto proceder.

La guerra desencadenada por Trump está llevándonos inevitablemente a una crisis económica que está afectando a todos los países, con el encarecimiento de los combustibles y la consiguiente subida de los precios de los transportes y de los alimentos. Los impactos que tiene en las Bolsas nos anticipan los desastres que provocan en todo el mundo guerras como estas, al tiempo que las oligarquías dominantes se enriquecen aún más, como el mismo Trump ha explicado con total cinismo, presumiendo incluso de lo mucho que van a ganar los “dueños” del petróleo.

El horizonte de crisis económica en el que nos adentramos no constituye reto leve. Sin embargo, el mayor de los peligros se cierne sobre todos, aunque siempre son los más débiles los que padecen en mayor grado las consecuencias de las guerras. En este caso, el mayor horror es el que generan las armas de destrucción masiva, que ya están empleando los ejércitos de Trump y Netanyahu, sin que podamos descartar que en el curso de la actual reactivación de enfrentamientos lleguen a utilizarse bombas nucleares con la finalidad de vencer la resistencia del régimen de Irán (como se hizo antaño con Japón).

La verdad es que todos dormiríamos más tranquilos si supiéramos que Trump y sus socios tienen límites morales —y un mínimo rasgo de humanidad— en su furor bélico. Pero, visto lo visto, nadie puede garantizar que lo tengan, sin que ya hayan decidido una escalada de utilización de todos los recursos de destrucción masiva de los que disponen, con el desplazamiento paralelo de un número creciente de tropas en la región. Algo que los lacayos y los socios de Trump en España, es decir Vox y el PP, no pueden decirnos que no conocían ni sabían desde el principio. **TEMAS**

